

## VIII.

## EL SANTO CRISTO DEL MILAGRO.

Pero ya es tiempo de que entremos á la iglesia.

Su forma es la de una cruz latina, como la de casi todos nuestros templos, y se respira cierto bienestar bajo de esa nave tan bella y espaciosa.

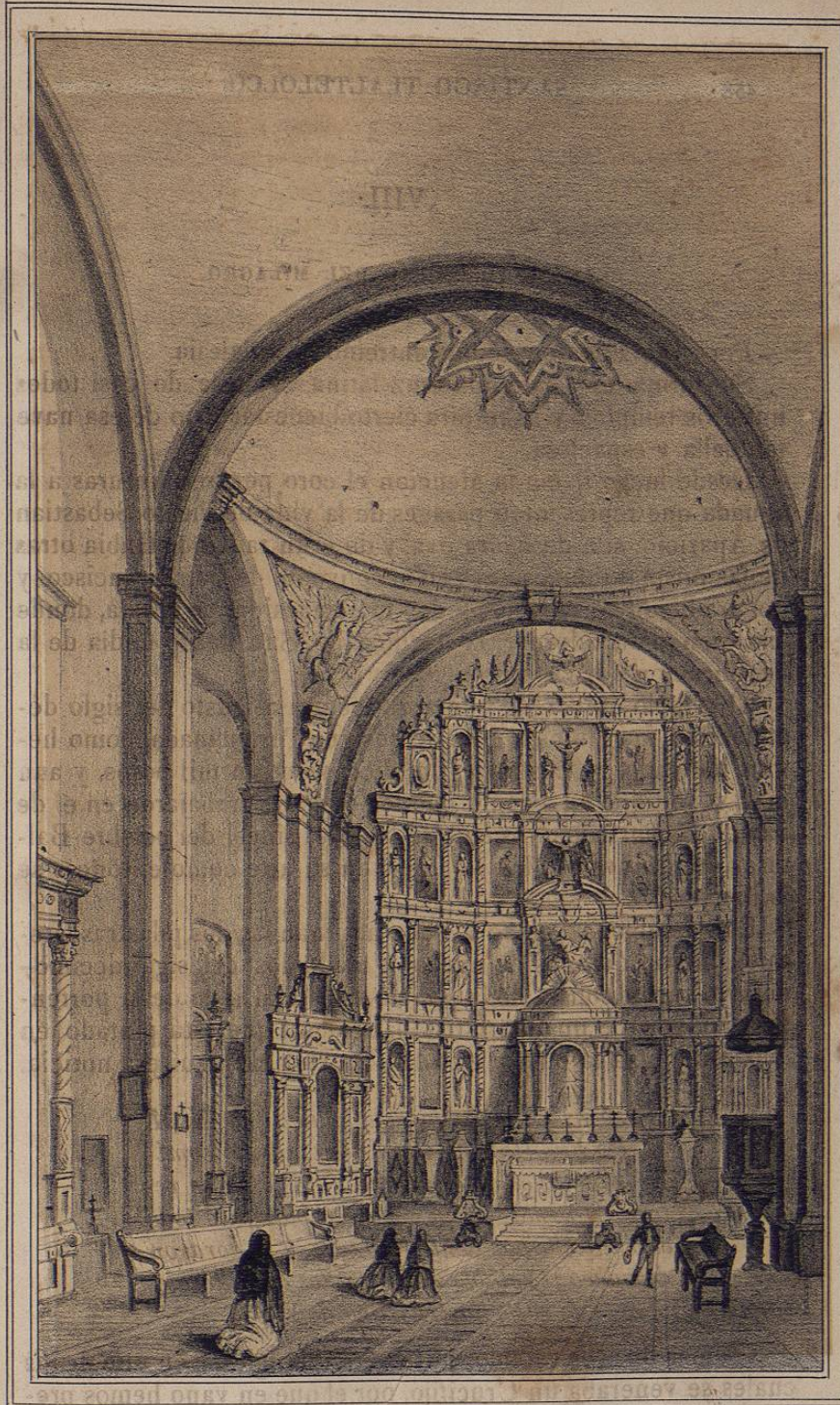
Desde luego llama la atención el coro por tres pinturas á la aguada que representan pasajes de la vida del beato Sebastian de Aparicio: son de figura oval y de gran tamaño. Habia otras de las mismas dimensiones en el convento de San Francisco, y por tradicion se sabe que todas fueron traídas de Roma, donde sirvieron para adornar la basílica de San Pedro el dia de la beatificación del virtuoso lego.

El retablo mayor, de una arquitectura al gusto del siglo décimosesto, fue tambien obra del insigne Torquemada, como hemos indicado, y costó, segun dice, veintiun mil pesos, y aun mas, si se tiene en cuenta que los oficiales trabajaron en él de balde. Ostenta cuadros en que lució el pincel del célebre Baltasar de Echave ó Chavez, único en su arte como entonces se le llamaba.

Este retablo, así como los que adornan las dos pilastras laterales, fueron dorados de nuevo á mediados del siglo décimo-octavo, segun consta de la noticia escrita al lado de la portentosa imágen de un San Cristóbal colosal que está pintado en la pared, hácia la puerta que da al norte. He aquí esa noticia:

*A espensas solicitadas y aplicadas por N. M. R. P. Fr. Manuel de Nájera, siendo comisario general de esta Nueva-España, se retocó esta imágen; se revocó y blanqueó toda esta iglesia por dentro y fuera, y se doraron de nuevo el retablo mayor y los dos laterales de sus pilastras, año de 1763.*

Ademas de esos retablos posee otros la iglesia, en uno de los cuales se veneraba un Crucifijo, por el que en vano hemos pre-



INTERIOR DE SANTIAGO TLALTELOLCO.

guntado en nuestros dias, pero que alcanzó gran celebridad en otro tiempo.

El motivo de esa celebridad se justifica, pues fue nada menos que un milagro, y un milagro estupendo.

Es de saberse que allá por los reinados de Felipe III ó Felipe IV, en cierto dia salió de casa un indio dando voces:—el Señor está sudando, el Señor está sudando! vengan á verlo, vengan á verlo! decia entre gozoso y espantado.

Acudieron los vecinos en tropel, y la modesta habitacion del indio se vió en pocos instantes invadida por una muchedumbre ávida de contemplar la maravilla. En la pieza de esta habitacion destinada á oratorio, que los naturales llaman *santo calli*, sobre un altar engalanado con flores, se hallaba una estatua gigantesca de Jesus, un corpulento Crucifijo como le llama Cabrera; y en efecto, algunas gotas como de sudor se dejaban percibir en varias partes de la efigie.

Uno de los españoles que al olor de la novedad se habia mezclado entre los espectadores, despues de observar atentamente el prodigio, dijo en voz baja á uno de aquellos:

—Vaya un clima este donde hasta los santos sudan el quilo!

—Calla! respondió el otro; si es que el Crucifijo acaba sin duda de salir del *temaxcalli!*

Por fortuna de estos pillastres, *esprits forts* de su época, y acaso descendientes de portugués ó de judío, no acertó á encontrarse oculto entre la turba algun auxiliar del Santo Oficio.

Los demas concurrentes creyeron á pie juntillas que sudaba milagrosamente el Crucifijo, y los mas devotos, que eran unos españoles mocetones y robustos, determinaron, sin consultar el parecer del dueño, cargar con la estatua y trasladarla procesionalmente á la iglesia de Santa Catarina Mártir. Opónense los indios; insisten aquellos en su determinacion indicando la necesidad de que á la imágen se dé el debido culto; no se persuaden los otros y amenazan á los ladrones con un severo castigo; búrlanse estos de la amenaza, y aquí de Dios!

Divídense en dos bandos los circunstantes y arremeten unos contra otros con ardor diabólico. Al principio todo fue confusion y vocería; llovian palos y puñadas; caian los combatientes y se levantaban con mayor brío; se estremecia la pieza; volaban los muebles como armas arrojadas, y sin embargo la victoria quedaba indecisa.

Triunfan los españoles al cabo de una hora de combate: sá-lense á la calle formando un grupo por cima del cual se alzaba el disputado Crucifijo; pero este paso fue su perdicion. Corren tras ellos los indios armados de palos y piedras; dispónense los españoles á una nueva pelea apiñándose en derredor de la efigie, como un batallon que defiende su bandera; pero una granizada de piedras lanzada por sus contrarios los obliga á dejar caer la presa y á poner pies en polvorosa.

Quedó el campo por los indios.

Mas ¡cuál fue su asombro cuando, al levantar el Crucifijo, advirtieron que tenia en la garganta del pie derecho una herida que sangraba!

Esta herida fue causada por el golpe de una piedra inicua.

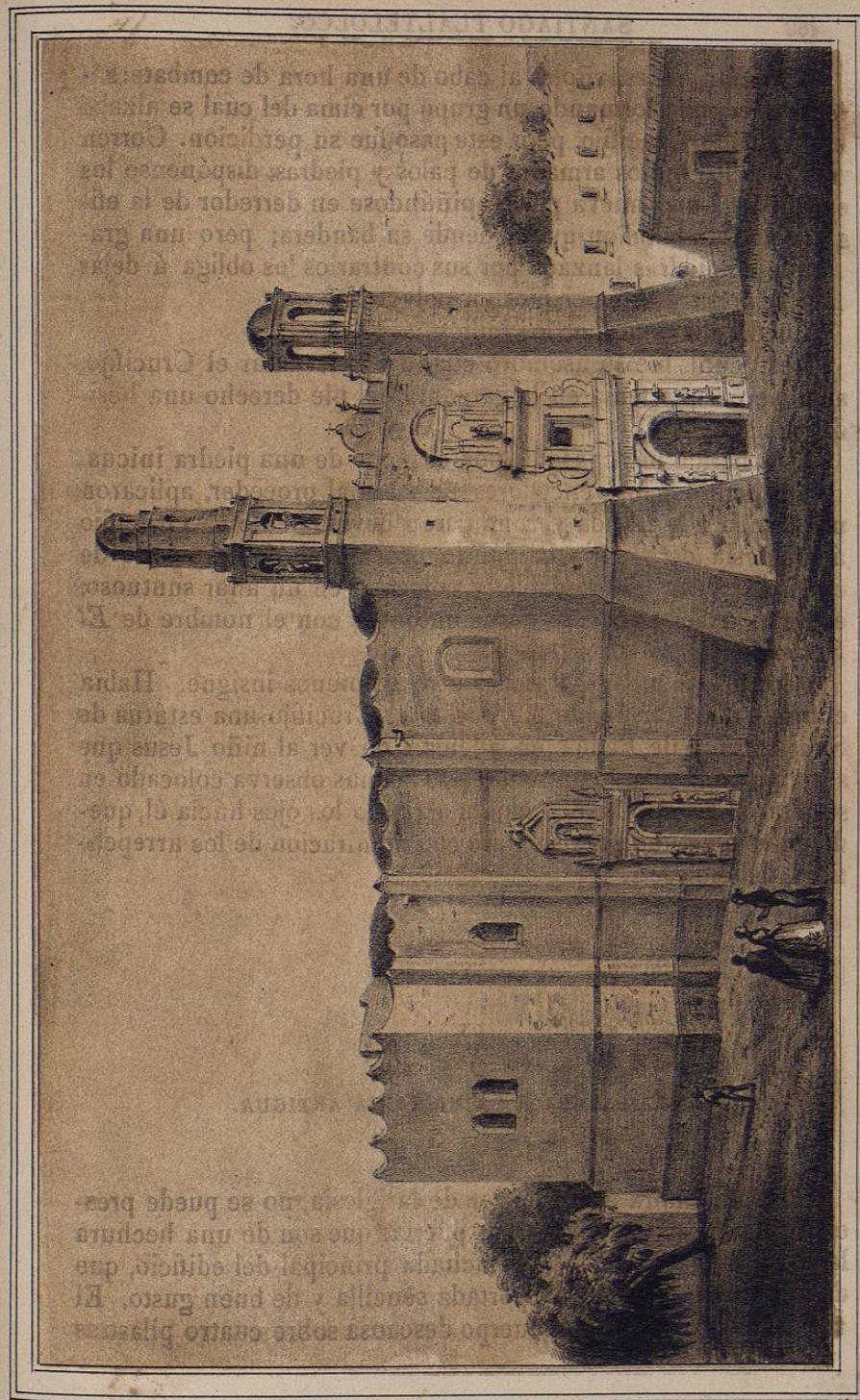
Arrepentidos los vencedores de su mal proceder, aplicaron una venda á la herida y condujeron devotamente el Crucifijo á la iglesia de Santiago, donde procuraron desagraviarle de cuantos modos les fue dable; y colocado en un altar suntuoso, empezó á ser conocido desde entonces con el nombre de *El Santo Cristo del Milagro*.

Pero á este milagro sucedió otro no menos insigne. Habia enfrente del altar donde fue puesto el Crucifijo una estatua de San Antonio de Padua en ademan de ver al niño Jesus que sostenia en la mano izquierda; mas apenas observa colocado en su altar el Santo Cristo, cuando alzando los ojos hácia él, queda en esta actitud para siempre con admiracion de los arrepentidos tlaltelolcas.

## IX.

### UNA OJEADA A LA HISTORIA ANTIGUA.

Viniendo ahora á lo exterior de la iglesia, no se puede prescindir de mirar y examinar las puertas que son de una hechura laboriosa y agradable. La fachada principal del edificio, que da al poniente, tiene una portada sencilla y de buen gusto. El cornisamento del primer cuerpo descansa sobre cuatro pilastras



EXTERIOR DE SANTIAGO TLALTELOLCÓ.